

MAXIMILIANO MARÍA KOLBE, ADALID DE LA INMACULADA

SEGUNDO GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

I.- A modo de prólogo

Permítanme relatar una anécdota personal. Todo sucedió así: El cardenal Francisco Javier Eduardo Pironio me encargó, en diciembre de 1976, decorar una pequeña capilla para los religiosos e institutos seculares en una de las estancias de la Plaza del Vaticano. Monseñor Pironio, argentino, era, a la sazón, el Prefecto de Religiosos de todo el mundo. Entre otras personalidades eclesiásticas que por allí aparecían casi a diario estaban el cardenal Mayer, benedictino, y el Rvmo. P. General de los Franciscanos Conventuales.

Terminados mis trabajos -pinturas, esculturas, relieves-, éste último, el P. Heisser, me invitó a pasar en su convento de Siena una breve temporada. Los conventuales regentan la famosa basílica de San Francisco, que alberga magníficas obras de arte renacentistas de Cimabue, Giotto, Lorenzetti, el finísimo Lucca della Robbia, ante cuyo relieve de la Virgen y el Niño tuve la suerte de celebrar la Eucaristía. En los veinte días que allí permanecí, aparte de las incomparables maravillas del Duomo, la torre del Mangia (90 m.), la Piazza della Fonte Gaia, de Jacopo della Quercia, que me dejaron admirado, pude observar el muy renombrado Palio, que consiste en unas justas lujosísimas y comprometidas en honor de la Virgen en su Asunción. Terminadas, me retiré a la basílica. Recogido, en una de las capillas laterales del templo, pude observar, no sin admiración, un escrito que rezaba así, más o menos: "Beato P. MAXIMILIANO MARÍA KOLBE, Franciscano Conventual martirizado en Auschwitz, bajo el dominio de los Nazis. Fue un egregio y fervorosísimo devoto de María Inmaculada".

Al preparar esta breve disertación, con motivo de la fiesta de la Inmaculada de este año 2001, pensé que un extracto de la vida y obras del frailecico conventual podrían servirnos de recuerdo auténtico y festivo de la Madre de Cristo.

II.- Un divino ideal.

La devoción mariana del P. Kolbe está transida de un carisma inconfundible, que le hace gritar: "Hemos de convertir y santificar a la humanidad por medio de la Inmaculada... Consagración total de uno mismo a la Inmaculada, como instrumento en sus manos virginales". Conceptos emblemáticos y eficacísimos que procurará, a toda costa, sembrar, multiplicar, afianzar en el corazón de su admirable obra: "La Milicia de la INMACULADA". A ello se deberá el formarse como hombre de la modernidad, la amplitud, la admisión de todo proyecto sano y honrado de la palabra, de la imagen y de

la acción. De ahí su invasión –humilde, pero pertinaz–, en los medios de comunicación social: la prensa, la radio, las publicaciones sin cuento. También a ello debemos atribuirle su entereza incólume, su lucha inasequible al desaliento, su amor heroico al prójimo, de cualquier religión, ideología, color o tendencia. A todos los hacía fijarse, para mayor eficacia, en aquellos versos de Calderón:

Esta Niña celestial,
de los cielos escogida,
es la sola concebida
sin pecado original.”

III.- Retazos de su vida.

La aurora de aquel 8 de enero de 1894 nos traía un nuevo sol conventual. Era en la ciudad polaca de Zdunska-Wola. El recién nacido: Raimundo Kolbe. Sus padres, Julio y María D'browska. Más adelante, en el noviciado, cambiará el nombre de Raimundo por Maximiliano, completándolo con el de María.

Gozó de la infancia de un niño espabilado, inteligente, libre e inquieto como un jilguero, con alguna regañina de más por parte de su madre, aunque ésta decía que era obediente y trabajador. No se borraba fácilmente la sonrisa de su rostro.

En su primera juventud ya está metido en los estudios y ajetreos de comercio. Todo quedó aparentemente truncado con la visita a la casa Kolbe de unos frailes conventuales, que le propusieron seguir a Cristo, como ellos. Dado el sentir y el hacer de sus padres, no hubo gran oposición. Pronto lo vemos de seminarista en Leópolis. Allí recibe su primer sobresalto gozoso. Es su madre quien le habla: “Hijo mío, ¿queréis Francisco, José y tú ingresar en el seminario de los Padres Conventuales?. Vuestro padre seguirá de terciario y yo me siento atraída por las benedictinas”. Todo completo. Reciben el hábito, profesan, y Raimundo escoge sus nombres: Maximiliano María.-

Hasta ahora todo pasa por María Inmaculada. Siente un fuego incontenible y abraza con cariño, con usura, su ideal: “La Inmaculada y todas mis cosas.”

IV.- La milicia. Avatares. Escollos. Muerte.

Destinado durante una temporada a Roma, funda la “Milicia de la Inmaculada”, revulsivo nítido, gozoso e infatigable que va regenerando aquella sociedad indiferente o descreída. La Milicia del P. Kolbe ha de admirar, convertir y convencer a tantos renuentes, a muchos enemigos, o a quienes lo tienen por un loco soñador.

Se ordena de sacerdote, celebrando su primera Misa en Sant'Andrea delle Fratte, donde el judío Alfonso Ratisbona tuvo la misión de la Medalla Milagrosa, y fue converso, por entonces.

Vuelve a Cracovia; es profesor de historia eclesiástica. Enseguida erige la “Milicia de la Inmaculada” en los centros de la intelectualidad, en los cuarteles, en toda suerte de seglares.

Retorna a Roma, dejándole al provincial un anhelo y una esperanza: “Durante siglos hemos luchado para que fuera definido el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Es hora de comenzar la segunda parte de la historia: sembrar esta verdad en las almas, procurar que germine y dé frutos de santidad. Y esto en todas las almas, en las que existen y en las que existirán hasta el fin del mundo”. La lucha ha de ser tenaz, serena, confiada y alegre. Por doquier puede surgir la masonería y sectas anticlericales.

Hay que servirse de muchos de sus medios propagandísticos y panfletarios, pero siempre con la verdad, la autenticidad, el amor, la confianza. Hay que tener transida el alma de las estrellas de la Inmaculada, de su dulzura y de su diáfana intercesión.

Maximiliano María hace propios los recursos apostólicos del momento, es hombre de modernidad y progreso. Que lo llamen loco, poco importa. Loco, sí, pero por la Inmaculada. Nadie es capaz de amordazarle. Nadie de tratarle de tradicionalista a ultranza, ni de iluso difamador de la autoridad eclesiástica. He aquí sus palabras: "obediencia y oración". Lo mismo para éxitos que para reveses. Trabajo a tope. No para. Por dentro, sin embargo, Maximiliano está estropeado. La tuberculosis le roe las entrañas y se exterioriza con fulminantes ataques. Joven, mas con pocos años para el futuro. Es hospitalizado: en el sanatorio distribuye medallas de la Milagrosa, reza, anima, cuida de los afectados, espolea la esperanza. Platica con los intelectuales y va notando que la incredulidad merma.

Enfermo y cansado, reaviva los arrestos que le quedan para escribir, predicar. Funda la revista "El Caballero de la Inmaculada". Ama los "mass media" o comunicación social. Hace uso cada vez más creciente de la fotografía. Es moderno, como los más avanzados. Funda un diario católico y la tirada se incrementa por momentos. Se palpa un ambiente fraterno, comprometido. Este fervor por la Inmaculada da impulso refrescante a las vocaciones y donativos. Por fin, se atreve a fundar una ciudad. ¿De quién va a ser sino de la Inmaculada?.

Enviado a Oriente, después de los progresos en Niepokalanow, se establece en Nagasaki. Comienza su apostolado con el testimonio de vida y con la prensa. Da clases en el seminario: hay voluntarios para traducir *El Caballero de la Inmaculada* al japonés.

Kolbe se multiplica, brega febrilmente. Quienes aún no se fían del todo, aun obispos, murmuran el estribillo desazonador: "o es un santo o un loco". El tiempo daría la razón a lo primero porque su muerte va a constituir un mensaje de genuina y admirable caridad.

Para el desenlace final, le quedan al P. Kolbe diez años.

Corea, Moscou, Singapur son sus inmediatos frentes.

De retorno a Europa, consigue que su Niepokalanow sea una cascada de nuevos refuerzos. Ya tiene a disposición un complejo editorial, infinidad de prensa. Todo presidido por la imagen de María Inmaculada que él mismo entroniza. En París se deja iluminar por la Ciudad Luz. Se agiganta su afán de modernidad para llevar más adeptos -discípulos comprometidos- a Cristo, el Hijo de Dios y de la Inmaculada.

Pero llega la tribulación para San Maximiliano y su ingente empresa. Los encarcelamientos nazis son multitudinarios. La Gestapo es el terror, particularmente para polacos, judíos, católicos y comunistas. La declaración de guerra de Alemania a Polonia se cierne sobre el cielo europeo como plomiza nube inmisericorde. Comienza septiembre de 1939 y Niepokalanow es disuelta. Maximiliano María se despide: "Adiós, cumplid vuestra misión de ensalzar a la Inmaculada". El horrisono fragor de los artefactos bélicos: ametralladoras, tanques, bombas, todo lo extermina. De las propias cenizas de Niepokalanow surge una llama que creían extinguida. Es el irreductible P. Kolbe, adalid de la Inmaculada, el que se enardece preparando un hospital: allí él es la misma ternura macilenta, pero viva, eficaz, imperturbable.

Irrumpe aún más fiera la Gestapo y ahoga, en los campos de concentración, todo hálito de esperanza. Pero el Padre para todos tiene palabras de consuelo: "Sin el permiso de Dios y de la Inmaculada nada nos puede suceder". Hay sucesivos y penosos traslados: De Niepokalanow recibe a unos cuantos Amlitz (Alemania), un mes después

Ostrzeszow (Polonia). Se les permite volver a Niepokalanow. Su misión entonces es recibir a miles de refugiados, centenares de judíos. Nuestro fin, dice, es crecer en el amor de Ella e inflamar de su amor a todo el mundo". El 17 de febrero del 41 lo concentran con cuatro compañeros en Pawiak. Aquí el odio que se respira por la Iglesia Católica se concentra en Maximiliano María. Al despojarle del Crucifijo y mofarse de su hábito, el jefe de campo viendo la serenidad del padre, lo abofetea. Él responde: "no hay ninguna razón para irritarse: todo sea por la Virgen".

La gran redada se junta en Auschwitz. Es el 28 de mayo de 1941. Son 320 los deportados. Todos son números. Al Padre le toca el 16.670. Va tambaleándose de un bloque a otro; aterrizando en el 12: son los inútiles, los inválidos, los sin voz. Maximiliano, sin embargo, los anima, los revitaliza, es como un latido del Corazón de la Inmaculada. Son bastantes los que, al salir para la tumba, reciben su bendición y la sonrisa de quien se siente triunfar en el hermano, en Cristo, el primer Hijo de la Inmaculada.

Después de algunos días, parece restablecerse. Pues "a trabajar", le gritan. "Llévenlo al bloque 14". Allí surge una algarada y algunos logran huir. "Por cada huido, diez fusilados, rugen los cómitres". Entre los diez proscritos hay un número que gime, se lamenta, grita: tengo mujer e hijos, no quiero morir". Es el número 5.659. Hay un silencio que se corta a cuchillo. Otro número sale de la fila común, es el 16.670. Con gesto casi agónico y un hilo de voz imperturbable, exclama ante Fritsch, el comandante de campo: "Soy sacerdote católico, soy viejo, no tengo hijos, me falta un pulmón, soy MAXIMILIANO KOLBE, polaco. Desearía cambiarme por ese hombre". Fritsch, entre despectivo y confuso ante aquel esqueleto humano, hace un signo afirmativo: "convenidos", dice. El sargento Francisco Gajowniczek, el número 5.659, queda en libertad. Morirá el número 16.670: Maximiliano María KOLBE, el conocidísimo franciscano conventual, adalid de la Inmaculada.

Los diez, confesos y convictos de ser gente buena, están en el fatídico búnker, lóbrego y pesado como diez falsos testimonios. Basura, hedor, desamparo. ¡Morir de hambre!. El P. Kolbe los anima, fortifica y bendice; los hace héroes, por amor. El pie de la Inmaculada está aplastando al dragón infernal. A causa del hambre mueren pronto seis.

El 14 de agosto, la inyección de ácido muriático acaba con los otros cuatro.

Reclinado sobre la pared, la cabeza inclinada sobre el lado izquierdo, agonizante, el P. Maximiliano María Kolbe ilumina el tétrico búnker: "La Inmaculada está siempre conmigo" dice, y expira.

V.- Epílogo.

Este fraile conventual que había recorrido tantos y tan diferentes países, portando la bandera azul de la Inmaculada, con su horrible, pero pacífica muerte, con su generosidad, colmó su carrera y su fama mundial.

El Papa Paulo VI lo beatifica, y un polaco, Su Santidad Juan Pablo II, lo canoniza. Todo esto, casi de manera fulminante. Era el santo de la modernidad.

En la canonización -17 de octubre de 1992-, del inmenso gentío de la plaza de San Pedro, la Basílica y la vía de la Conciliación, en el aire azul -diáfano y fragante- parece oírse una voz, firme y agradecida; quien grita jubilosamente es el número 16.670: "Francisco Gajowniczek. Hubo trueque de números, el mío se lo llevó él; el 16.670 fue el de Maximiliano. Gracias, Señor, me salvó Maximiliano M^a. Kolbe". En mi imaginación, no muy lejos, en la Plaza de España, ante la estatua de la Inmaculada, surgió un eco inimitable: "Soy el número 5.659: Soy Maximiliano M^a.; morí por amor a Cristo y

a la Inmaculada”. Juntos, los números trocados, se me antoja que podrían exclamar; con estos mediocres pero ilusionados versos:

Jamás llegó a ti el vaho de la escoria.
Ni empañó leve niebla tu hermosura.
La fuerza de tu luz, divina albura,
sobre el mal lleva inscrita tu victoria.

Del linaje de Adán eres la gloria.
Compendias en tu ser el aura pura
de Dios; y de tu Cristo la ternura,
por tu faz, se derrama en nuestra historia.

Palmera de Sión que al cielo alcanzas
y ennobleces la tierra con tu talle:
Tú nos colmas de gozo y esperanzas.

Bienvenida al azul de nuestro valle:
surgirá nuestra vida renovada
para cantarte siempre, Inmaculada.